

Perfil de Alberto Ascolani

La democratización
del analista en
Comunicación Social

176

Juan Pablo Hudson

La Trama de la Comunicación - Dossier 50 años

Perfil de Alberto Ascolani. La democratización del analista en Comunicación Social
Juan Pablo Hudson

Perfil de Alberto Ascolani. La democratización del analista en Comunicación Social.

Sumario:

Alberto Ascolani, psicólogo de profesión, fue docente durante veintiún años consecutivos de dos materias que supieron integrar la orientación institucional de Comunicación Social hasta la reforma del plan de estudios de 2001: Institución y Sociedad y Análisis de las Instituciones. El objetivo de este perfil es reconstruir cuáles fueron los aportes disruptivos que realizó este reconocido psicoanalista hasta su retiro de la docencia en 2009. La hipótesis central es que Ascolani se propuso formar analistas en una carrera ajena al campo psi. Otras vertientes de nuestra formación, en las que también se aportan herramientas para forjar analistas en las instituciones, se limitan estrictamente al campo específico de la comunicación. Desde sus dos cátedras, este docente pretendía, por el contrario, forjar analistas institucionales a secas y no analistas en comunicación. Este objetivo político, no solo académico, fue durante más de dos décadas una vía alternativa a disposición de los alumnos frente a los sentidos hegemónicos de nuestra carrera que se limitan al periodismo y a la comunicación institucional y empresarial.

Descriptor:

institución, sociedad, analista institucional, grupos, transversalidad

Summary:

Alberto Ascolani, a psychologist by profession, taught for twenty-one consecutive years two subjects that were part of the institutional orientation of Social Communication until the reform of the 2001 syllabus: Institution and Society and Analysis of Institutions. The aim of this profile is to reconstruct the disruptive contributions made by this renowned psychoanalyst until his retirement, after he retired and Analysis of Institutions was eliminated in 2009. The central hypothesis is that Ascolani set out to train analysts in a career outside the psi field. Other aspects of our training, which also provide tools for training analysts in institutions, are limited to the specific field of communication. This teacher, on the contrary, intended to train institutional analysts and not communication analysts. For more than two decades, this political, not just academic, objective was an alternative way for students to challenge the hegemonic meanings of our degree programme limited to journalism and institutional and corporate communication.

Describers:

institution, society, institutional analyst, groups, mainstreaming

Introducción

La primera vez que vi a Alberto Ascolani fue en una clase de Institución y Sociedad (IS), una materia de cuarto año, en marzo de 1999. Yo tenía veintiún años. La Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales era un hervidero de militancia (orgánica pero también espontánea) contra el ajuste perpetuo y los intentos de reformas neoliberales de la universidad impulsados por los gobiernos de Carlos Menem (1989/1994; 1995/1999), quien había conseguido la privatización de casi la totalidad de los servicios públicos pero no de la estratégica educación pública. En aquella primera clase, el aula se encontraba abarrotada de alumnos. Había humo de cigarrillos, olor a encierro y un bullicio atronador. Apretujado contra el pizarrón se veía un grupo de ayudantes alumnos y profesores adscriptos. Un rato después vimos aparecer a un hombre canoso, de baja estatura, con la barba tupida, blanca, que se desplazaba a paso lento hasta el escritorio. Una vez que llegó nos miró con tranquilidad y largó una sonrisa indescifrable. Cuando, por fin, habló, todos empezamos a cruzar miradas atónitas: su voz era apenas audible y de una monotonía pasmosa. Nada podía ser menos vital. Alguien pidió que levantara el tono, pero él asintió con la cabeza y no hizo ningún esfuerzo. El resto de la cátedra, de pie, a su lado, tampoco pareció perturbarse con las risas ahogadas y las caras de fastidio. Yo me concentraba todo lo que podía pero no lograba entender lo que decía. Apenas pude oír que leeríamos libros enteros y que nombraba a autores desconocidos hasta entonces: Gilles Deleuze, Félix Guattari, Baruch Spinoza, Rene Lourau, Henri Bergson, Georges Lapassade, Pierre Clastres, Carlos Castaneda. Acto seguido, dijo que analizaríamos intervenciones institucionales, algunas realizadas por él mismo, también películas y novelas, y que leeríamos sobre hechicería mexicana. A medida que avanzaba con la clase, solía interrumpirse para largar unos carraspeos secos infernales, un gesto recurrente que parecía contradecir, quizás

compensar, su ínfimo tono de voz. Cuando terminó, la mayoría se reía con incomodidad. Yo me quedé inquieto, confundido, todavía observando a ese hombre poco atlético, con un tono de voz tan apagado, que ahora veía salir del aula con su grupo de gente. Ni remotamente sabía que acababa de conocer a una figura que sería decisiva en mi vida.

“Ser como el inconsciente: ateos, huérfanos y anarquistas”, esta consigna mencionó en la segunda clase. La conmoción que sentí al escucharla hizo que tuviera que anotarla en el cuaderno, algo que nunca hacía, pues jamás tomé un solo apunte en todos los años de cursada. A medida que pasaban las semanas, cada clase me absorbía de un modo inusual. Ascolani desplegaba un discurso anticapitalista muy incómodo (por contraintuitivo) para un flamante activista de izquierda como era yo y una crítica abierta, sin moderaciones, a la democracia realmente existente en nuestro país. Para entonces se fue tornando cada vez más imperioso que terminaran las clases para tratar de conversar sobre lo trabajado. Me acercaba rapidísimo al escritorio pero él se mostraba indiferente, lo mismo cuando caminaba a su lado por los pasillos esquivando carteles de las agrupaciones políticas para que me respondiera consultas bibliográficas. Meses más tarde empecé a leer textos sueltos de su autoría y asistía a sus charlas para escucharlo hablar sobre lo que él consideraba como el máximo objetivo de la praxis política: alcanzar la autonomía a nivel individual y, fundamentalmente, colectiva.

Llegó el final de 1999 y el alivio de saber que volvería a tenerlo como docente en Análisis de las Instituciones (AI) en el último año de la carrera. Fue allí, en esa materia, en donde comprendí, después de convertirme en Profesor Adscripto en 2002, su gran apuesta política: democratizar el rol de analista que se atribuye, con su tradicional posición monopólica, el campo psi. Lo que se propuso en la carrera fue formar analistas a secas y no analistas en comunicación. Allí estuvo su aporte original. Este objetivo político, realizado desde sus dos cátedras, aunque fundamentalmente

desde AI, desbordaba los sentidos hegemónicos que delimitaban como únicos campos laborales posibles de los futuros graduados el periodismo o la comunicación institucional/empresarial.

En el primero de los apartados -La novela- vamos a introducir el concepto de novela institucional. En el segundo -El novelista- analizaremos el arte de novelar instituciones que supo protagonizar Ascolani. En el tercero -El éxodo a Comunicación- narra los pormenores políticos de su desembarco en la carrera. En el cuarto -El tutor- incluyó escenas significativas compartidas como alumno y adscripto a sus cátedras. En el quinto -El devenir analistas- se incluyen las hipótesis principales sobre los aportes de Ascolani a nuestra carrera. En el sexto -El retiro del maestro- nuevamente comparto escenas vividas en sus cátedras. En el séptimo se incluyen las conclusiones y en el octavo -Posdata: la muerte del maestro- se comparten escenas junto a Ascolani en los últimos años de su vida.

La novela

El concepto de novela es nodal en el corpus del análisis institucional. No es casualidad que Ascolani (2000) haya titulado a su último libro *La novela de Occidente*. En las clases solía caracterizarla como una herramienta clínica y la introducía a partir de esta cita de René Lourau (1980): “Toda institución por modesta que sea, posee...un cadáver en su alacena, una huella de la violencia sacrificada que presidió su nacimiento o sobre todo su reconocimiento por las formas sociales ya existentes e instituidas” (p. 100). Él le agregaba la siguiente aclaración con malicia: “por más que haya sido escrita por un autor calificado como ‘progresista’” (Ascolani, 2000: 16). Así definía a las novelas institucionales: nuestras sociedades, tributarias de lo nombrado como “occidente” y, por ende, nuestras instituciones, organizaciones sociales y sujetos, se han constituido y se siguen constituyendo y legitimando en mitos fundantes que son vividos, imaginados y aún pen-

sados como naturales, es decir, no poseen el estatuto de relatos contruidos, o bien sobre la base de hechos históricos parcializados y recreados a partir de la inclusión de componentes ficcionales, o bien constituidos por elementos puramente ficcionales, los cuales sin embargo, son considerados reales e inherentes a la “naturaleza humana” (Ascolani, 2000: 15). La novela puede estar efectivamente redactada, al menos a grandes rasgos (un folleto, una carpeta de presentación con su historia, una entrevista a su fundador, etc.), pero mayormente tiene una naturaleza no-escrita. Ignacio Lewkowicz (2004) aclara que las ficciones “no son ni verdaderas ni falsas, sino que funcionan como verdaderas o falsas” (p. 26). Lo mismo decía Ascolani de las novelas: “Los discursos valen por su encarnadura. La palabra que de ellos emana vale en tanto esa palabra es leída o escuchada. Los lugares donde ellos se producen son las superficies variadas de la sociabilidad, contenidas siempre por instituciones”. Pero hagamos una breve genealogía del concepto. En el texto “La novela familiar de los neuróticos”, Freud (1992) analiza el complejo proceso de tramitación de los vínculos entre el niño y sus padres a medida que pasan los primeros años de vida. Se trata de un doloroso, aunque indispensable, pasaje que pone fin a esa primera admiración, fe inconmensurable y fuente de autoridad que deposita en ellos. El niño descubre a (o fantasea con) otros padres, a los que considera superiores, y comienza a desconfiar de esas cualidades únicas que les había adjudicado a sus propios progenitores. O elimina a uno de sus padres para darle rienda suelta a ciertos deseos prohibidos. Entre las principales causas de la incipiente decepción que siente por ellos -continúa Freud- se encuentra la sensación de haber padecido situaciones de desprecio. No importa si efectivamente ocurrieron sino que así lo siente. Puede percibir que ya no se lo atiende con la misma dedicación y amor que antes o que asisten más a los hermanos, llegando, incluso, a considerar que es un hijo adoptivo o un hijastro. En este punto introduce el concepto de novela familiar de los neuróticos, entendida como

un relato construido con un fuerte componente imaginativo. Escribió Freud (1992): Rara vez recordado con conciencia, pero casi siempre pesquizable por el psicoanálisis, es el estadio siguiente en el desarrollo de esta enajenación respecto de los padres, estadio que se puede designar como novela familiar de los neuróticos. Es enteramente característica de la neurosis, como también de todo talento superior, una particularísima actividad fantaseadora, que se revela primero en los juegos infantiles y luego, más o menos desde la época de la prepubertad, se apodera del tema de las relaciones familiares. (...) La técnica aplicada para realizar tales fantasías -que en ese período son, por supuesto, conscientes- depende de la habilidad y del material que el niño encuentre a su disposición. También es importante considerar si las fantasías son elaboradas con mayor o menor afán de verosimilitud. (p. 218)

Sobre esta base, Lourau (1980) construye su propio concepto: a todo proceso de institucionalización le corresponde una indispensable novelización de sus orígenes. La institución es un modo de normalizar un proceso que supo ser instituyente. El análisis implica reconstruir esa génesis y revelar cuáles fueron los conflictos de intereses y, en definitiva, las muertes (literales y simbólicas) que ese proceso requirió para constituirse como tal. Abrir la puerta del armario mediante el análisis, es decir, mediante los analizadores¹, equivale a desnudar los puntos ciegos, soterrados, de la novela institucional. Se trata de reescribir una historia que incluye deformaciones, aplanamientos, masacres, simulaciones, ocultamientos. En el mejor de los casos se trata de una leyenda; en el peor, de una mentira y una muerte cuidadosamente maqui-

1 El concepto de analizador lo tomaba de Georges Lapassade (1980): “El analizador es un dispositivo experimental, un intermediario entre el investigador y la realidad. El conocimiento no es inmediato; pasa por la intermediación de dispositivos analizadores” (p. 58). Existen analizadores construidos por el analista y existen analizadores naturales que emergen sacando a la luz el inconsciente institucional.

llada como accidente. Porque ese es el verdadero propósito de la novela: imponer un relato que oculta los acontecimientos de su génesis, olvidar a cualquier precio las “muertes”. Eso es lo que produce la neurosis institucional de la fatalidad, de la normalidad, de la naturalidad de lo instituido (Lourau, 1980). La novela no se inscribe como una supra-estructura, pues tiene efectos en la organización témporo-espacial, en las relaciones de poder, en la circulación de información, etc., dentro de una institución. Toda novela institucional tiene la función de legitimar al grupo, de instituirle su distinción y de constituirle sus fronteras respecto a un exterior”. (Lourau, 1986: 28).

En efecto, toda institución, todo grupo, requiere de una novela propia para constituirse como tal. No se trata de una ficción sino de un discurso complejo que incluye elementos de diversa índole: históricos, objetivos, míticos, ilusorios y ficcionales. La novela se inscribe como una narración que cohesiona y permite construir una interioridad. Otro concepto clave sobre el que insistía Ascolani para comprender el cierre de los procesos instituyentes es el efecto Müllman:

El efecto Mühlmann describe un aspecto de la institucionalización despreciado con demasiada frecuencia: el simulacro de realización del proyecto inicial acompaña forzosamente al fracaso de este proyecto. La aceptación del simulacro y su valoración es, a medida que la profecía se aleja, una labor doliente del inconsciente, un producto de la imaginación que viene a llenar el hueco creado por el fracaso de la imaginación profética. (...) Para la ideología habitual, la profecía de un movimiento social siempre es un anzuelo y la estabilización dentro de un conjunto de valores realistas siempre se considera como ‘verdadera’ (Lourau, 1980: 76). Ascolani consideraba ese fracaso como inevitable, pero no necesariamente por la acción de fuerzas violentas, destructivas, sino “porque el sentido mismo de la utopía es ese: su no realiza-

ción. Pretender lo contrario significaría que ese pensamiento de una sociedad futura pudo ser totalmente previsto, cosa imposible” (Ascolani, 2000: 18).

El novelista

Ascolani decidió, desde su juventud, incidir en las formas de narrar, es decir, de novelar el devenir de las instituciones del campo psi en las que intervenía. Sus trabajos escritos -sus intervenciones en general- eran mayormente genealogías de organizaciones claves en su vida, como la Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud (EPSF), el Centro de Estudios Psicoanalíticos (CEP), la Carrera de Psicología y la Escuela de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. Pero su afán (esto debe entenderse bien) no era convertirse en un historiador, sino en un analista. Si existía una novela hegemónica pujaba por deconstruirla; si no existía, su apuesta era escribirla. Entonces, si por un lado intervenía en las instituciones dando clases, incidiendo en la creación de carreras, de programas en esas carreras, organizando grupos de estudio, llevando adelante intervenciones institucionales, también lo hacía como novelista. Es decir, fijando fases históricas, mitos, conflictos inaugurales, ocultamientos, rupturas, maquillajes, “padres”, “asesinatos”, contra-novelas, y los escenarios políticos que habilitaron posiciones autoritarias o revolucionarias².

Su libro *Derivas... De la Psicología al Análisis Institucional* (Ascolani, 1995) es una compilación de artículos, fechados en un estricto orden cronológico, en los que se refleja ese encarnizado arte de novelar el campo psi. En el texto de 1984, “Psicología institucional: sus conflictos y sus cambios” (Ascolani, 1995), aparece una novelización del análisis institucional en Argentina, una se-

2 Entendida como herramienta de análisis, para Ascolani, quien mejor define esta función es Lacan (Ascolani 2000) cuando afirma que el “análisis consiste en la reescritura de la historia” (p. 23).

paración en fases históricas sobre la que volverá -como en loop-, sumándole capas, durante toda su vida. Esa fue su gran novela. Las resumimos: una primera etapa, pionera, en los inicios de la década del sesenta, impulsada por José Bleger y Fernando Ulloa, en el marco de lo que se denominó la “Psicología institucional”, quienes toman como referencia principal los aportes de Melanie Klein y autores como Wilfred Bion y Elliott Jaques. Es un momento de apertura, escribe Ascolani, en el que el analista trataba de descubrir factores no conscientes que podían actuar en detrimento del buen funcionamiento de la institución. Si bien se tenían en cuenta factores de la organización formal -el organigrama, los roles, las comunicaciones- el acento se ponía en los factores subjetivos desde una perspectiva individualista proveniente del psicoanálisis. Le sigue una segunda fase, ya en los convulsionados primeros años setenta, cuando se suma una crítica teórica-ideológica a través del materialismo histórico para analizar el campo social y el psicoanálisis francés para una teoría del sujeto psíquico. Se trata de un período instituyente, radical, que se nutre de las teorías de la comunicación, de la antropología estructural, de las teorías de la relatividad lingüística. Allí se comenzó el trabajo con aportes del institucionalismo de la mano de Lapassade y Lourau pero ya se innova con las lecturas de Deleuze y Guattari. En ese proceso, afirma Ascolani, es que se fue produciendo un corrimiento desde los modelos más individualistas y grupalistas a modelos de análisis que plantearon las determinaciones de lo institucional y de lo socio-histórico, lo que significó un cambio importante respecto de la época anterior en la que lo institucional aparecía en su faz descriptiva y lo operativo se situaba en otras dimensiones de la acción social. En esta fase Ascolani interviene como analista en instituciones y se entusiasma con la posibilidad de que entren en “estado de crisis, con la consiguiente perspectiva de pensar cambios” de raíz (Ascolani, 1995: 219). Así lo planteaba:

En general [los analistas] nos planteamos (...) la hipótesis de que en algún momento produciríamos algún tipo de estallido, con la posibilidad de que eso actuara sobre la continuidad del análisis. En esos casos sucedieron diversos efectos, pero en la mayoría algo significativo, un punto en el que había que detenerse y donde escuchábamos (...) algo así como: ‘más allá no se puede ir’, dicho por los responsables y/o promotores” [de la intervención] (Ascolani, 1995: 217). Pero llega 1975 y se cierra violentamente la etapa en el marco de la feroz represión impuesta por el tercer gobierno peronista, lo que incluye una persecución política a los psicólogos que intervienen en instituciones. Es un momento de quiebre en la vida institucional del país y también en la vida de Ascolani, quien es forzado a alejarse de la universidad como prefacio de una saga de insilios³ que se extenderá durante años. Los psicólogos que intervienen en instituciones, en esta nueva etapa (1975/1984), se refugian en sus consultorios. Sobre este punto escribe en “Reflexiones sobre lo institucional”, de 1987:

Luego vino la época en que esto [“pensar a las instituciones como en estado de crisis, con la consiguiente perspectiva de pensar cambios”] era precisamente lo que no se podía pensar y a tal punto que para muchos de nosotros hubo prescripciones concretas: que nos quedáramos en nuestros consultorios con nuestros neuróticos, porque con eso nadie se hacía problemas pero que no entráramos en instituciones, porque en ese

3 A partir de las aparición de las primeras listas negras contra docentes universitarios considerados como subversivos por el grupo de tareas de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) en el tercer gobierno peronista (1973/1976), Ascolani tuvo que no solo que abandonar la facultad sino también la ciudad de Rosario para cuidar su vida. Las persecuciones se continuaron durante la dictadura cívico-militar obligándolo a cambiar en múltiples ocasiones los lugares en donde se refugiaba de la represión.

caso no tendríamos ninguna garantía (Ascolani, 1995: 219). Contemos la escena con mayor detalle. Cuando habían transcurridos tres años de la dictadura cívico-militar, Ascolani sobrevivía escondido en San Lorenzo, su pueblo natal, y luego en la ciudad de Buenos Aires, en el barrio de Belgrano. Hacia 1980 logra, a través de un miembro de la iglesia, consultar a un jefe militar sobre la posibilidad de un retorno. Su respuesta fue una verdadera revelación: “Me respondió que solo podía volver a Rosario si era para trabajar en un consultorio porque si me metía de nuevo en una institución, me mataban”.

El éxodo a Comunicación

En 1984 retorna a la facultad de Psicología para hacerse cargo de la cátedra -conocida como- “Social III”⁴. La primera iniciativa que le propone a los alumnos es convertir a la materia en un espacio de experimentación democrático, asambleario. Se entusiasma con la posibilidad de elaborar juntos (docentes y alumnos) el programa. Los estudiantes se espantan y lo rechazan de plano porque no se sienten capacitados. A continuación, a raíz de las divisiones y conflictos entre los profesores por sus variopintas filiaciones (“freudianos, kleinianos, lacanianos, pichonianos, sistémicos, piagetianos, conductuales”) propone reconstruir los escenarios políticos que provocaron semejante puja entre tendencias. El trabajo genealógico (novelístico) avanza a paso firme pero en un momento se bloquea. Los alumnos le manifiestan abiertamente su hartazgo y le reclaman: “Con la historia no queremos saber más nada” (Ascolani, 1995: 238). Justo a un novelista empedernido. Su conclusión es tajante: los alumnos le “decían no al análisis”. Se suman las crecientes acusaciones de que era una cátedra antipsicoanalítica por haber introducido las primeras lecturas críticas, especialmente de Guattari y Deleuze.

4 El nombre formal de la materia era Estructura Psicológica Social del Sujeto III.

Ascolani vive estos rechazos como analizadores de un clima institucional represivo que aun perdura en esos primeros años de la post-dictadura. “Esto permitiría pensar que los cambios no se producen por la finalización de un período que tiene una frontera lineal, reemplazado por otro que se sitúa detrás de esa frontera. (...) dentro del presente democrático permanecen incólumes factores de poder antidemocráticos” (Ascolani, 1995: 219).

Hay un choque frontal con la institución. Pero fundamentalmente (acá radica su mayor desazón) con las nuevas generaciones de alumnos de una democracia temerosa, neoliberal, castrada, que desde entonces no dejará de criticar sin especulaciones ni conformismos. Desde su perspectiva, como efecto persistente del terror, se podía “hablar de democracia y libertad en un sentido genérico, pero no se puede hablar sin temor de liberación, socialismo, revolución” (Ascolani, 1995: 190). Para entonces escribe una feroz crítica sobre la nueva etapa de trabajo en las instituciones protagonizada por los psicólogos. Es un texto de ruptura ya citado. En “Reflexiones sobre lo institucional”, de 1987, plantea cuál es el problema: la “traslación de la práctica psicoterapéutica y/o analítica individual a las instituciones” (Ascolani, 1995: 222). En otro pasaje arremete contra los psicólogos que se encuentran demasiados cómodos “con el trabajo muy recortado: analizar pacientes, trabajar con casos problema, y en cuanto al trabajo institucional, instalar una ‘escucha’ e intervenir en el discursos de los miembros desde el discurso tradicional del psicoanálisis”. Finalmente aparece su principal hipótesis, en línea con Deleuze y, sobre todo, Guattari: “Esto nos lleva a la necesidad de plantear lo que puede implicar, por un lado el análisis con analista [psicólogos], profesional, requerido, contratado, que no se incluye como miembro, y por el otro el análisis sin analista, a partir de tareas de psicología o no, a partir de un sector o del conjunto de los miembros”⁵. En el párrafo siguiente escribe que desde las posiciones ortodoxas del

5 El subrayado es mío.

psicoanálisis se da por sentado la primera posición “hay análisis si hay [psico]⁶ analista”, desde la vertiente del institucionalismo, a la que él suscribe, será la necesidad de pensar el desarrollo del “analista sin analista”. Es decir, el objetivo prioritario es “convertir ese lugar [del analista] en una función del [propio] grupo”. En este contexto decepcionante renuncia a su cargo en la carrera de Psicología en 1989, a tan solo cinco años de haberse reintegrado post-dictadura, sin siquiera comunicárselo (todo un dato) previamente a sus compañeros. Para entonces ya había llegado a Comunicación Social un año antes en 1988. La carrera se inscribe como una tierra de exilio elegido tras esa frustración. Es un éxodo hacia una retaguardia, hacia un territorio más flexible, virgen, en lo que refiere al estudio del análisis institucional. En un artículo (Ascolani, 2009) lo relata de esta manera:

Luego [de la dictadura] vino un difícil recomienzo, en mi caso con algunas lecturas y escritura de reflexiones sobre lo institucional y la experiencia que se había vivido y se estaba viviendo. (...) En cuanto a inserción institucional, vuelta a la Universidad y encuentro con un rechazo a la lectura de estos autores [Guattari-Deleuze], predominantemente en Psicología, intentos variados e incluso angustiosos en Ciencias de la Educación⁷ y aceptación en Comunicación Social (...). Aclaro que a esta última ingresé sólo cinco años después [1988] del retorno de la institucionalidad democrática debido a una interdicción que habían interpuesto los muchachos de la coordinadora radical, en ese entonces a cargo del rectorado de la UNR. (p. 4)

Ingresa a las dos cátedras (IS y AI) y participa moderadamente en la vida institucional. En 1991 dicta el seminario Dimensión

6 El paréntesis es de mi autoría

7 Fue docente en profesor en el Área de las Instituciones entre 1988 y 1992.

de lo Institucional-Dimensión de lo grupal en un curso de formación docente. En 1992 comienza a dirigir el Departamento de Análisis Institucional en la Facultad de Ciencia Política y RRH. Más tarde se implica en la evaluación de la carrera docente y en reuniones para la modificación del plan de estudios en 2001. Pero hay un dato decisivo, desconcertante; aun cuando Ascolani tempranamente, en su año inaugural (1974), dictara clases en nuestra carrera, y aún cuando, en una segunda etapa, fuera docente durante veintiún años consecutivos (1988/2009), nunca escribe nada sobre nuestra casa de estudios ni tampoco sobre la comunicación.⁸

Una pregunta se impone: ¿Por qué un docente que toda la vida escribe como un novelista la historia de las instituciones que fueron vitales en su vida no escribe nada sobre Comunicación Social? La explicación es vidriosa. Una opción, desde mi punto de vista equivocada, es considerar que la carrera, esa tierra de exilio voluntario, no fue relevante. Otro camino, más promisorio, es comprender que para democratizar, es decir, para transformar el lugar del analista en las instituciones, su batalla siempre fue en el campo psi. Nunca visualiza a Comunicación Social como un frente de disputa. En nuestra carrera es un outsider, un extranjero que habla otra lengua, es el psicólogo que enseña textos difíciles pero sobre todo es quien propone una intervención en las instituciones más allá del campo comunicacional. Todo esto, desde esa posición minoritaria, periférica, fluye bien en los noventa. El cambio de siglo, sin embargo, trae nuevos aires, batallas y rupturas en Comunicación Social. El nuevo plan de estudio, presentado en el año 2000, pone fin a la división en dos orientaciones

8 Existen, para ser más precisos, tan solo dos textos previos, juveniles, elaborados en conjunto en 1972, en el contexto de la finalización de una especialidad en periodismo que cursó en el Centro Internacional de Estudios de Periodismo para América Latina (UNESCO). Se tratan de “La enseñanza de psicología en ciencias de la comunicación” y “Estudio sobre Marshall MacLuhan” (en Ascolani, 1995).

(Medios e Institucional) de la carrera. Y se suma una decisión política central: se elimina AI.

El tutor

Cuando estábamos próximos a terminar el cursado de la carrera en el 2000, le pedí que fuera el tutor de mi tesis. Al año siguiente, ya sin clases de por medio, me convocó a su consultorio para revisar los primeros avances. Lo esperé durante media hora en esa habitación, repleta de libros, ubicada en la planta alta de su casa. Apenas entró me dijo: “Tenemos unos quince minutos como máximo hasta que llegue un paciente”. Cada vez que volvía para otra consulta, ya sabiendo el poco tiempo que me dedicaba, me desesperaba por retener sus ideas, al punto de llevar un grabador de periodista a escondidas –que nunca usé– dentro de mi bolso. Recuerdo al año siguiente, en mayo de 2002, su mínimo “felicitaciones” en el bar de la facultad luego de la defensa de la tesis y su inmediata propuesta de ingreso a AI como profesor adscripto. Los primeros tiempos a su lado en el escritorio, de cara al alumnado, fueron tensos para mí. Temía decir algo inapropiado. Él solía pedirme, con generosidad pero de manera inesperada, mis perspectivas sobre lo que se estaba trabajando y yo, siempre nervioso, no tenía todavía facilidades para dar respuestas rápidas. La primera clase que tuve que dictar sentía su mirada como un cuchillo que entrecortaba mis palabras. No puedo olvidar su visible fastidio ante mi reiterado “usted me corrige, no dude en intervenir”. La relación fue cada vez más estrecha. Su confianza se manifestaba en la invitación a participar en sus grupos de estudio sobre el esquizoanálisis, en proyectos de investigación de nuestra facultad, en la edición de una revista sobre el barrio Pichincha, en la organización de seminarios. Solíamos sostener largas charlas antes y después de las clases sobre los libros de Castaneda y la hechicería mexicana, sobre las revueltas del 2001 que tanto nos habían entusiasmado con los movimientos sociales como protagonistas en detrimento de los partidos y los sindicatos tradicionales, sobre cine, libros, sus derivas en tiempos de la dictadura.

Una vez me sorprendió al convocarme a su oficina. No sabía que tenía una. Me resultó raro que no me citara en el consultorio. Al llegar a la dirección indicada, me topé con la fachada del bar El Resorte, en la esquina de Jujuy y Pueyrredón. Ya me estaba yendo frustrado por el desencuentro cuando lo divisé riéndose en una mesa. “Yo no te mentí, acá trabajo”, me dijo divertido cuando me senté ruborizado. De ahí en más se transformó en un lugar habitual de reunión. Para Ascolani los bares eran espacios de encuentro pero fundamentalmente de pensamiento y escritura a mano en sus cuadernos de hojas blancas sin renglones. Devenir analista

En las clases de AI, también en IS, solían reiterarse, en mis tiempos de estudiante y luego como profesor adscripto durante ocho años consecutivos, pedidos de explicaciones sobre por qué se estudiaban con tanta rigurosidad conceptos y prácticas propias del psicoanálisis. Ascolani explicaba pacientemente que el lugar del analista en las instituciones no era propiedad exclusiva del campo psi sino de aquellos capaces de pensar con un grupo, lo que equivalía a ser capaces de colaborar en la apertura de su coeficiente de transversalidad. Para lograrlo había que devenir analistas de esa situación específica. No se puede ser analista a priori, explicaba, simplemente porque lo indica un título universitario, un organigrama o un contrato. El analista, agrego yo, es siempre situacional. Guattari (1976) define así a la transversalidad en un texto capital que trabajábamos en las clases: La transversalidad es una dimensión que pretende superar las dos impases, la de la pura verticalidad y la de una simple horizontalidad; tiende a realizarse cuando una comunicación máxima se efectúa entre los diferentes niveles y sobre todo en los diferentes sentidos. Es el objeto mismo de la investigación de un grupo sujeto. Nuestra hipótesis es la siguiente: es posible modificar los diferentes coeficientes de transversalidad inconscientes en los diferentes niveles de la institución”. (p. 101) En el prólogo de este libro de Guattari (1976), Deleuze divide en dos tipos de grupos. En los grupos-so-

metidos la organización vertical o piramidal que los caracteriza está hecha para conjurar toda inscripción posible de un sin-sentido, de muerte o de estallido, para impedir el desarrollo de cortes creadores, para asegurar los mecanismos de auto-conservación fundados en la exclusión de los otros grupos (...); su centralismo opera por estructuración, totalización, unificación, sustituyendo las condiciones de una verdadera “enunciación” colectiva por un listado de enunciados estereotipados (p. 14).

Los grupos-sujetos, por el contrario, sigue Deleuze, se definen por “coeficientes de transversalidad que conjuran las totalidades y jerarquías; son agentes de enunciación, soportes de deseo, elementos de creación institucional; a través de su práctica no dejan de confrontarse con el límite de su propio sin-sentido, de su propia muerte o ruptura”⁹ (en Guattari, 1976: 14). Las recurrentes preguntas del alumnado sobre por qué se estudiaba tanto el psicoanálisis o la práctica del análisis institucional remitían a los sentidos hegemónicos de una carrera que ha tenido -lógicamente- escritas de su novela oficial, quienes delimitaron las fronteras de lo que forma parte y de lo que queda por fuera de nuestro campo profesional. Cuando los alumnos ni siquiera podían imaginarse la posibilidad de devenir analistas (institucionales) revelaban su condición de grupo-sometido por dos hegemonías: la psicoanalítica que se arroga monopólicamente el rol del analista en cualquiera de sus acepciones, pero también de la novela oficial que confinaba las incumbencias de la carrera al trabajo como periodistas o como especialistas/analistas (léase: consultores) en comunicación institucional y/o empresarial.

9 En un breve trabajo titulado “Una experiencia grupal institucional” (Ascolani, 1995), de 1985, relata una intervención institucional en un colegio religioso de Rosario. Una de las conclusiones, cuando ya habían transcurridos varios años, es que un porcentaje significativo de los promotores y/o responsables de los pedidos de análisis abandonaron dichas instituciones. Se trataba en general de sacerdotes o religiosas que no solo dejaron la institución sino la propia condición de curas o monjas. Es decir, el análisis puede provocar este tipo de “muertes” a las que refiere Deleuze siguiendo los planteos de Guattari.

La propuesta de Ascolani abría el campo de los posibles. De allí su carácter político. Esa posición minoritaria funcionaba como una contra-novela. Su desafío cada año era abrir el coeficiente de transversalidad de los grupos y convertir las clases, tal como lo había intentado sin éxito en Psicología, en un escenario de (auto) análisis. Recuerdo que solía decirnos que había más posibilidades de pensar el rol de analistas, e incluso de leer los complejos autores que proponía, en nuestra carrera que en Psicología. El punto distintivo era que la formación en el campo psi era demasiado rígida; Comunicación Social, por el contrario, por su falta de tradición en el trabajo institucional, otorgaba mayores libertades para pensar ese rol, aún cuando los alumnos se quejaran. “Ustedes recuerden algo”, solía decir, “quienes están más lejos de los centros de poder, piensan con mayor libertad. Por el contrario, los que más alto ascienden en las luchas de poder, padecen mayores alienaciones”. Recuerdo una escena que repetía cada año, ocurrida después de las revueltas populares del 19 y 20 de diciembre de 2001. En una charla, según su relato, organizada en el centro cultural La Toma (ex supermercado Tigre, recuperado en 2000) habló un obrero de una empresa recuperada. Cuando dejó el micrófono, un docente conocido se le acercó y le dijo en el oído: “No lo puedo creer, este laburante parece como si hubiera leído a Castoriadis”. Ascolani le respondió con ironía: “Yo creo que no lo leyó. ¿O vos crees que sí? Igual creo que tampoco le hizo falta para pensar lo que piensa”. La importancia de esta escena, insistía Ascolani, era la desconfianza de los universitarios y los intelectuales respecto de las posibilidades de despliegue de un pensamiento autónomo, sofisticado, por parte de los sectores populares, los no-letrados, los no-teóricos. Esta fue una enseñanza esencial que me marcó. Lo que Ascolani afirmaba, en línea con el Colectivo Situaciones (2002), es que los investigadores/intelectuales son quienes siempre explican la racionalidad de lo que acontece en una experiencia social a la que arriban para estudiarla o para llevar a cabo una intervención. A

los integrantes de un grupo se los reduce a una fuente de información pero nunca se los comprende como una fuente de pensamiento. Esto último le corresponde exclusivamente al profesional. En el análisis institucional, por el contrario, todos devienen sujetos investigadores y, en definitiva, analistas. A priori, nadie está más capacitado (licenciado, doctorado) que otro para pensar problemas. Ascolani (2000) afirma que análisis tiene que ver entonces con aceptar que la realidad es descubrimiento, construcción, nacimientos, crecimientos, decrecimientos, muertes... contingencias inherentes a la sociedad, a las instituciones, a los grupos y a los sujetos en el movimiento siempre difícil, conflictivo, hacia la libertad y la autonomía. (p. 24)

Por eso siempre consideré las propuestas de interdisciplinariedad como un triste intento por cuidar “las pequeñas quintitas” universitarias. Su propuesta pasaba por una radical transdisciplinariedad, entendida como ruptura de los límites disciplinarios, tomando las herramientas necesarias que nos permitan el acceso a esa singularidad del otro (individual o colectivo), a su diferencia.

El retiro del maestro

El tiempo fue pasando, lo mismo que esa fascinación tan intensa por su figura. Lo seguía reconociendo como el maestro, sabiendo de la importancia vital de sus enseñanzas, pero yo ya estaba en otra posición. Una vez que entré en el Conicet en 2004 y a participar en grupos autónomos de investigación política empezaron las primeras colaboraciones en otros proyectos académicos y militantes. Las citas de sus libros, o de autores que él me había enseñado, se fueron entremezclando entre nuevos autores que empezaban a poblar mi biblioteca. Surgieron las primeras discusiones políticas bajo la mirada atenta de los alumnos en clase. Aquel conflicto por un artículo que le critiqué sin miramientos, después de múltiples insistencias suyas para que lo leyera. Mi respuesta irónica en 2006, mientras se ponía ríspida una charla política en el bar de la

facultad: “El otro día una compañera me dijo que tal vez el aprendiz quiere matar al maestro”. Su penetrante carcajada y, de inmediato, la respuesta demoledora: “Capaz que el maestro se retire antes de que lo maten, me acaban de avisar que ya está por salir la jubilación”. Mi recuerdo es impreciso pero entiendo que se jubiló en 2006 aunque se mantuvo dando clases durante dos años más a partir de un contrato que le extendía la facultad. Desde 2005 hasta 2009 solía firmarme cada marzo una carta dirigida al decano y a las directoras de la carrera de turno con el pedido formal para que abrieran un concurso que me permitiera lograr un cargo. Eso nunca ocurrió. Durante ocho años fui saltando de adscripciones (ad-honorem) en IS y AI. Esta posición personal, cargada de una ingenuidad supina, contenía, sin embargo, significados que solo con el tiempo comprendí en su verdadera magnitud. Era mi falta de sagacidad para la rosca política universitaria pero de fondo lo que estaba en juego era su desdén por construir una verdadera herencia institucional. Una mañana, antes de ingresar al aula, me dijo: “Yo me tendría que retirar definitivamente así te doy lugar a vos, yo ya estuve mucho tiempo”. “La verdad que sí”, le respondí casi interrumpiéndolo y me espanté.

En 2008 se sumó a AI una graduada de mi generación, con quien me unía una sólida amistad, para dar clases en el Práctico juntos, mientras que Ascolani solo daría el Teórico. Para ese entonces se mostraba desganado y solía enunciarlo frente a los alumnos. Nosotros, por el contrario, poníamos mucha energía, incluyendo ejercicios con técnicas y saberes provenientes del psicodrama, lo mismo que nuevos conceptos y autores (Laboratorio de Análisis Institucional de Rosario, 2006 y 2007; Lewkowicz, 2004; Dutzchatsky, 2007; Pavlovsky, 1991; Pavlovsky y Kesselman, 1991; Rolnik, 1989, 1995 y 2002; Virno, 2004) que venían a renovar las perspectivas del análisis institucional. Él solía repetirle a los alumnos que no compartía algunos de nuestros enfoques –sobre todo los ejercicios corporales y ciertos autores nuevos- pero que seguramente con nosotros era más divertido: “Bueno, termina-

mos por hoy, ahora la van a pasar mejor con ellos, que hacen las cosas más entretenidas, son jóvenes”. Conclusiones AI se transformó en 2001 en una materia optativa a partir del cambio del plan de estudios. Únicamente permaneció como obligatoria para aquellos estudiantes que ya habían iniciado el cursado de la carrera con el viejo plan y optaron por continuarlo¹⁰. En 2008 se la degradó a seminario y pasó a tener una frecuencia cuatrimestral. A mediados de 2009 se nos comunicó que directamente se lo eliminaba. También finalizaba el contrato de Ascolani con la facultad. Propusimos que continuara yo -ad honorem- pero no hubo caso. En diciembre de ese año fue el final del seminario y de él como docente tras dos décadas. La eliminación definitiva de AI pasó desapercibida pero fue un acontecimiento político (no solo académico) que quiero resaltar luego de quince años. Lo primero a destacar es que fue la única materia troncal dada de baja de las cuatro que habían integrado la vieja orientación Institucional que tuvo la carrera hasta 2001. Las otras tres materias (Institución y Sociedad, Comunicación Estratégica I y II) todavía perduran hasta hoy como materias obligatorias. Una pregunta todavía me intriga: ¿Por qué Ascolani permitió que se eliminara la materia? Nunca lo hablamos, de modo que carezco de su versión. ¿Por qué ni siquiera luchó en sus últimos años como docente para que al menos se mantuviera como materia optativa? Mi hipótesis es que a partir de 2007, Ascolani mostraba evidentes signos de desgano en las clases (tenía 68 años), lo que mostraba una confluencia entre la jubilación formal¹¹ y una falta de vitalidad. Se sumó, como elemento clave, un virulento conflicto interno con la docente que formaba parte de ambas cátedras que

10 La permanencia en el viejo plan de estudios fue permitida hasta 2010, según información brindada en la carrera.

11 Recordemos que se jubila en 2006 o 2007 -no fue posible determinar exactamente el año- y después permaneció unido a la facultad a través de contratos de renovación anuales.

derivó en una fractura entre ambos. La última razón ya la enuncié: Ascolani nunca mostró una voluntad real de construir una herencia institucional que continuara con su legado ético. No sé las razones últimas pero tuvo consecuencias que no se limitaron a la eliminación de AI. Inmediatamente después de su salida de la carrera en diciembre de 2009, la docente que quedó a cargo de IS, con quien se había producido aquella ruptura luego de largos años de compartir ambas cátedras, eliminó todos los textos de la bibliografía (obligatoria y complementaria) escritos por él. Dicho con claridad: desde 2011 (este año se presentó un nuevo programa) no existen rastros de textos escritos por Ascolani en la bibliografía de IS, a pesar de haber sido su titular durante veinte años y de haber producido una innumerable cantidad de artículos pioneros (que hemos repasado) sobre el trabajo institucional.

La otra pregunta es por qué la Escuela de Comunicación Social eliminó únicamente AI y mantuvo al resto de las materias orientadas al trabajo en instituciones. No fue posible reconstruir los pormenores a pesar de las múltiples entrevistas con profesoras y ex directoras de la carrera. Un cerrado manto de olvido predomina sobre ese pasaje de la novela institucional. Nadie sabe nada. Casi no se recuerda su existencia, aunque se resalta la figura de Ascolani como docente. Rescato este testimonio de una relevante docente y miembro fundacional de nuestra carrera: Además del tema de la intervención, él buceó mucho en los tipos de organizaciones. A mí me parece que la equivocación que nosotros hemos cometido es no darle un estatuto diferente a la cátedra [AI] de él. Y sí, porque uno comete, en el fragor de la cosa, comete omisiones, se equivoca. Me parece que tal vez hubiera sido mucho mayor el aporte de él, que existió, por supuesto.

Quiero destacar las nociones de “fragor” y “omisiones” porque revelan la idea de (legítima) disputa, que no es otra cosa que la batalla por la fijación de una interioridad y una exterioridad, es decir, de las fronteras que delimitan qué es pertinente y qué no en la carrera. El analista que pretendíamos formar en IyS y, fun-

damentalmente, en AI, no se restringía -como vengo insistiendo- al campo de la comunicación. Mi hipótesis es que esa fue la razón principal de su exclusión cuando se produjo el cambio de plan de estudios en 2001. Había una (supuesta) falta de pertinencia y una inclinación por la comunicación empresarial. El aporte de Ascolani fue exactamente otro: que una carrera subalterna (este dato es fundamental) al interior de la vetusta tradición académica formara analistas a secas. No fue el tradicional psicólogo aportando herramientas conceptuales del campo psi para que sean reapropiados y utilizados en el campo de la comunicación. Durante dos décadas puso a disposición de los grupos de alumnos una alternativa de intervención profesional (política) mas allá de los caminos hegemónicos. Para democratizar esta función¹² tuvo que arrancar (no solo él, claro está) el lugar del analista del imperio de los psicólogos y, en simultáneo, trabajar para que generaciones de alumnos de nuestra carrera se habilitaran a pensarse como posibles analistas de grupos e instituciones. Yo fui parte, por ejemplo, de la fundación en 2006 de una cooperativa de analistas institucionales con colegas y con psicólogos.

La historia, como solía insistir Ascolani, citando a un viejo profesor suyo de apellido Pardo, no se detiene en ningún lado. Yo sumo lo siguiente: pero tampoco es posible borrarla. De todos modos, así se escriben, sin mayores miramientos, con exclusiones, borramientos, expulsiones, “asesinatos”, olvidos, las novelas institucionales. Este texto pretende ser, justamente, un testimonio de la existencia de Ascolani y su legado profundo en la carrera. Postdata: la muerte del maestro Desde que finalizó nuestra experiencia docente en diciembre de 2009, empezamos a encontrarnos en bares con una frecuencia quincenal. Nos encantaba conversar durante horas de política, de lo que cada uno

12 Vale mencionar que “Análisis Institucional” se dicta en otras carreras de diversas universidades como Trabajo Social, Ciencia Política, Ciencias de la Educación, entre otras.

estaba leyendo, siempre volviendo sobre la hechicería mexicana por algún motivo y recomendándonos películas. Yo disfrutaba mucho de esos diálogos y de la posibilidad de compartir ideas y vicisitudes que iban surgiendo en mi activismo político y en las investigaciones que desarrollaba en aquel entonces. En 2015 publiqué mi segundo libro (Hudson, 2015) y le llevé un ejemplar. Cuando estaba por guardarlo en su maletín, le pedí que antes leyera la dedicatoria. Al hacerlo (“Al queridísimo Alberto Ascolani, maestro chamán de mi vida y la de tantos otros”) se le llenaron los ojos de lágrimas y el gesto se le descompuso. Yo tragué saliva para no llorar también. Nunca lo había visto de esa manera. Un año más tarde, en 2016, me fui a vivir a Capital Federal y dejamos de vernos con frecuencia. Recuerdo unos pocos encuentros durante esos años, cuando vivíamos en ciudades diferentes y él luchaba con dignidad contra una larga enfermedad. Hacia finales de 2019 pensé en él. Por casualidad me encontré con un familiar suyo y me dijo que habían sido meses delicados pero que en unos días le iban a festejar el cumpleaños número 80. Días más tarde me escribió para decirme que estaba invitado. Fue imposible viajar para esa fecha. Recién nos vimos el martes 17 de diciembre de aquel 2019 a las 11 en su casa. Era una mañana muy calurosa, húmeda, tan rosarina. Nos saludamos con afecto en la cocina y me invitó a sentarme. Hablamos como siempre de nuestras vidas, el arte y la política. Pero se le traslucía un agotamiento que iba más allá de la coyuntura. Lo despedí cerca de las 12.30 y supe que no volvería a verlo. Su muerte, ocurrida dos meses más tarde, el 14 de febrero de 2020, me encontró azarosamente en la ciudad. Por suerte pude ir al sepelio y despedirlo con su familia y tantos amigos y compañeros. Al salir entendí que cuando se mueren personas tan queridas y decisivas uno se siente irremediablemente más solo. Durante los meses de cuarentena estricta que se declaró un mes después, a raíz del avance fulminante del Covid-19, solía pensar en ese viaje final que había emprendido y rememoraba su rostro sonriente, los ojos claros, vivaces, su

barba blanca, los labios siempre reseco. Ahora mismo, mientras finalizo este texto, vuelvo a escuchar algunas de sus enseñanzas compartidas en voz baja y monocorde que me sumergían en otro registro vital, tan indispensable para tener fuerza y poder seguir adelante con mi vida.

Bibliografía

- Ascolani, A. (1995). Derivas...de la psicología al análisis institucional. Rosario: Ediciones de la Sexta
- Ascolani, A. (2000). La novela de occidente. Rosario: Laborde Editor.
- Ascolani, A. (2009) Deleuze, más de allá de Deleuze en Revista Campo Grupal, Año XI, N° 109, 4-5, marzo, Buenos Aires.
- Colectivo Situaciones y MTD de Solano (2002). Hipótesis 891. Más allá de los piquetes. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- Duschatzky S. (2007). Maestros Errantes. Experimentaciones sociales en la intemperie. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1992). La novela familiar de los neuróticos. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Guattari, F. Y Rolnik, S. (2005). Micropolítica. Cartografías del deseo. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- Guattari, F. (1976). Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Hudson, J. P. (2015). Las partes vitales. Experiencias con jóvenes de las periferias. Buenos Aires: Tinta Limón ediciones.
- Laboratorio de Análisis Institucional de Rosario (2007) Las nuevas condiciones de la experiencia en Suplemento especial de la Revista Campo Grupal, N°2, 16-17, octubre, Buenos Aires
- Laboratorio de Análisis Institucional de Rosario (2006). Instituciones hoy: crisis y estrategias de recomposición en Revista Campo Grupal, año 9, N° 84, p.10, noviembre, Buenos Aires.
- Lapassade G. (1980). Socioanálisis y potencial humano. Barcelona. Gedisa.
- Lewkowicz, I. (2004). Pensar sin Estado. La subjetividad en

la era de la fluidez. Buenos Aires: Paidós.

- Lourau, R. (1980). El Estado y el Inconsciente. Ensayo de sociología política. Barcelona: editorial Kairos.
- Lourau, R. (1986). "Acerca de la novela institucional psicoanalítica." Revista "Trabajo del Psicoanálisis", N° 8, Méjico.
- Pavlovsky, Eduardo (1991) Apuntes sobre el cuerpo del actor en Pavlovsky, E., de Brassi, J.C. y Kesselman, H. (Comps.), Lo grupal 9, 173-175, Buenos Aires: Búsqueda de Ayllú, Bs. As., 1991.
- Pavlovsky, E. y Keselman H. (1991). "Dos estares del Coordinador", en Pavlovsky, E., de Brassi, J.C. y Kesselman, H. (Comps.), Lo grupal 9, 19-22, Buenos Aires: Búsqueda de Ayllú
- Rolnik, S. (1989). Cartografía Sentimental. Disponible en <https://es.scribd.com/document/36798629/Cartografia-sentimental-Suely-Rolnik> (accesado 3/09/2024)
- Rolnik (1995) Deleuze Esquizoanalista. Disponible en <https://deleuzefilosofia.blogspot.com/2007/08/deleuze-esquizoanalista.html> (accesado 3/09/2024)
- Rolnik (2002) Despedirse de lo Absoluto en Revista Campo Grupal año 4, N° 35, 7-9, junio, Buenos Aires.
- Virno, Paolo (2004). Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y naturaleza humana. Buenos Aires: Cactus y Tinta Limón.